

al trono y al gobierno, consiguiendo á costa de tanto disimulo, doblez y sangre fría, ser el mas poderoso instrumento del motin militar que se preparaba.

En la mañana del 28 de junio de 1854, Dulce, como director general de Caballería, llevó á los regimientos de su arma para pasar revista en el Campo de Guardias. Allí les arengó, excitándolos á la rebelion, é hizo que le obedecieran. Los generales O'Donnell, Ros de Olano y Mesina, acudieron á unirse con ellos. Acudió tambien el coronel Echagüe, al frente del regimiento del Príncipe, cuyo mando tenia.

El conde de la Címera, que mandaba un regimiento, el hijo del conde y un trompeta, fueron los únicos que no quisieron sublevarse. Cuando lo expusieron así, se les dejó en libertad para que volbiesen á Madrid, donde fueron ellos quienes trajeron la nueva de la insurreccion.

Al saberla, la Reina, que estaba en La Granja, volvió á Madrid aquella misma noche. Su blando y generoso corazon de mujer repugnaba un conflicto sangriento y la inducia á montar ella misma á caballo y á salir al encuentro de los sublevados. «Yo, decia á los ministros, os prometo que los generales se vendrán conmigo á Madrid y los soldados volverán á sus cuarteles dándome vivas.» La Reina indudablemente no se hubiera engañado. Su resolucion á lo María Teresa hubiera acabado con la sublevacion. Tanto mas cuanto que O'Donnell, que jamás habia tenido nada de liberal, y los otros generales que con él estaban, solo querian la caída del ministerio. En una carta colectiva, que, desde Alcalá de Henares, dirigieron á la Reina, el mismo dia 28 de junio, no le pedian sino dicha caída, la apertura de las Córtes y la suspension del empréstito, que de voluntario, visto que voluntariamente nadie le daba, se habia convertido en forzoso. Los firmantes se llamaban *súbditos fieles* y amantísimos del trono. Con poca aprobacion, pues, de los ministros, la Reina hubiera salido á buscar á los sublevados, y aquello hubiera tenido un fin dichoso y sentimental: pero los ministros hubieran sido en este melodrama los personajes que representan el vicio castigado, y O'Donnell y sus compañeros la virtud recompensada, y esto los ministros no lo podian querer. Alguna razon tenian para ello, aun prescindiendo del egoismo: hubiera sido poner en moda y casi crear un artículo nuevo de la Constitucion, al menos de la interna, para dar consejos eficaces al soberano y resolver crisis ministeriales. No hubo, pues, mas recurso que oponer la fuerza á la fuerza.

Tan decididos á ello estaban los ministros que enviaron á Alcalá á don Lorenzo Milans del Bosch para que hiciese á los generales sublevados una proposicion de todo punto inaceptable y que debió irritarlos mas contra el gobierno, el cual, al proponerles tal cosa, los ofendia. La Reina ofrecia perdonarlos, pero era menester que entregasen á Dulce para someterle á un consejo de guerra. O'Donnell no aceptó tan vergonzosa condicion, y envió en cambio á la Reina, por medio del dicho coronel Milans, la carta colectiva de que hemos hablado. A lo que parece, esta carta no pudo llegar á manos de la Reina hasta despues de la accion de Vicálvaro, la cual tuvo lugar el 30 de junio y no dió resultado claro. Ambas huestes pelearon con intrepidez y se atribuyeron la victoria, porque ni la caballería de O'Donnell pudo apoderarse de los cañones y de la infantería del gobierno, ni estos pudieron perseguir á los rebeldes que iban á caballo. No hubo, pues, ni vencedores ni vencidos; si bien el gobierno, considerándose vencedor, dió grados en abundancia. En cierto modo, no puede negarse que el triunfo habia sido suyo. O'Donnell habia querido en balde ó seducir ó vencer el resto de la guarnicion y no lo habia logrado. Al mismo tiempo habia ofrecido al pueblo de Madrid ocasion propicia para que hiciese un fácil y poco peligroso pronunciamiento; pero el pueblo de Madrid y particularmente los progresistas, aunque hubieran tenido ánimo y resolucion para levantarse en aquel dia, no hubieran debido hacerlo, atendiendo bien á sus intereses políticos. En Vicálvaro no se debatian sus principios ó aspiraciones. Aquella fué lucha de conservadores contra conservadores: de unos cuantos generales ambiciosos y enojados y de un ministro engreído y terco.

Los amigos de O'Donnell en Madrid eran personas que por lo

comun ni levantan barricadas ni se ponen á defenderlas: y los revolucionarios y las gentes de armas tomar, dado que las hubiera, ganaban con la inaccion, y sublevándose, se hubieran expuesto á perderlo todo y á no ganar nada. Vencidos aquel dia, la represion hubiera sido mas dura contra ellos que contra los generales; y en el caso de salir estos victoriosos, O'Donnell hubiera sido el dueño de todo, al frente de sus tropas, sin partir con nadie el mando.

La quietud, pues, de Madrid y el éxito dudoso y estéril de Vicálvaro obligaron á O'Donnell á alejarse de la capital, camino de Andalucía.

La Reina estaba contristada de la sangre que se habia vertido y aun procuraba la paz. En Aranjuez recibieron los sublevados un emisario suyo proponiéndola. Volvió el emisario á Madrid, trayendo tales condiciones que el gobierno logró que la Reina no las aceptase. La guerra continuaba por lo tanto. O'Donnell proseguia su retirada.

El 5 de julio pudo al fin salir de Madrid una columna expedicionaria en contra de los sublevados. El mismo ministro de la guerra, Blaser, iba mandándola.

Los sublevados llegaron á Manzanares sin tropiezo ni dificultad alguna. Allí se les reunió el general Serrano, que vino de sus posesiones de la provincia de Jaen, sin mas refuerzo que pocos criados.

Dicen algunos que la idea de hacer un llamamiento á los progresistas fué del general Serrano; otros atribuyen esta gloria á don Antonio Cánovas del Castillo. Lo cierto es que en Manzanares se emitió la idea y que O'Donnell la repugnaba; pero se deliberó acerca de ella, y O'Donnell hubo de someterse al cabo á la opinion del mayor número. Entonces redactó Cánovas el célebre manifiesto á que dió nombre aquel lugar.

Mientras O'Donnell continuaba su marcha, internado ya en Andalucía, ciudades, guarniciones y columnas empezaron á declararse en rebelion. El coronel Buceta se alzó contra el gobierno y se apoderó de Cuenca; la guarnicion de Valladolid se pronunció, y se pronunciaron tambien Barcelona y otras ciudades. El programa ó manifiesto de Manzanares, que tiene la fecha del 7 de julio, habia trocado el motin militar y *conservador* en pronunciamiento popular y progresista. Dicho manifiesto aceptaba muchos de los principios é ideas de aquel partido: pedia, sobre todo, una regeneracion del liberalismo garantizada por el restablecimiento de la milicia nacional: en suma, estaba redactado calculadamente para atraer bajo la bandera ó en pro de la bandera de los insurrectos del Campo de Guardias á las gentes de opiniones mas avanzadas.

Bien se puede decir que casi toda España se insurreccionó á poco de publicado el manifiesto de Manzanares. El gobierno, hartó tarde, cuando ya apenas tenia quien le obedeciese, tuvo que presentar su dimision. El conde de San Luis y sus compañeros casi no tuvieron tiempo para esconderse ó fugarse despues de haber dimitido. El poder habia caído por el suelo. Por encargo de la Reina debia recogerle un hombre hartó impopular. La monarquía entre tanto se veia abandonada y sola, sin ministros, sin defensa y sin consejo. La insurreccion, que ardia por donde quiera, se ignoraba hasta qué extremo podia llegar. El general Córdoba, que era el hombre encargado de formar el nuevo ministerio, se afanaba un poco para formarle. Don Pedro Gomez de la Serna, don Manuel Cantero, don Luis Mayans, don Antonio de los Rios Rosas y el duque de Rivas se prestaron á formar parte del nuevo gabinete, nacido en tan azarosas y difíciles circunstancias. El general Córdoba prestaba juramento precipitadamente entre las manos de la Reina, en el momento en que ya eran saqueadas las casas de los principales individuos del gabinete dimisionario y en que las turbas furiosas se dirigian á invadir la casa del banquero Salamanca y el palacio de la Reina madre.

A las nueve y media de la noche del dia 17 de julio prestó juramento el general Córdoba. A media noche, entre la asonada y sublevacion popular, el general no habia encontrado todavia sino un compañero. Solo en la madrugada del dia 18 pudo constituirse el gabinete. Por insinuacion del señor Rios Rosas, el general Córdoba, que era muy impopular entre los

progresistas, desistió de tener la presidencia. El mismo Córdoba se la ofreció á Rios Rosas que no quiso aceptarla. Y tambien por insinuacion de Rios, don Angel Saavedra, duque de Rivas, en extremo simpático por su amable carácter, altamente popular como poeta y que se habia señalado poco en política para excitar animadversiones y rencores, fué elegido

presidente de aquel gabinete fugaz que no llegó á vivir cuarenta horas.

Los lastimosos y apurados trances de su corta vida forman, á nuestro ver, parte del período revolucionario que comunmente apellidan el bienio, y se referirán en el siguiente libro.

LIBRO DÉCIMOSEXTO

EL BIENIO

CAPITULO PRIMERO

Ministerio del duque de Rivas.—La dictadura de San Miguel.—Entrada en Madrid de Espartero y de los generales de Vicálvaro.—Ministerio Espartero.—O'Donnell.—Córtes constituyentes.

Ya hemos visto en el libro anterior que la insurreccion militar de O'Donnell y sus compañeros no aspiraba á mas que á un cambio de ministerio. Era una insurreccion *conservadora*. La insurreccion, no obstante, no alcanzó en Vicálvaro la victoria que deseaba, y á medida que el ejército sublevado fué perdiendo la esperanza de triunfar por sí solo, su jefe, O'Donnell, por mas que lo repugnase, fué haciéndose muy liberal y excitando al pueblo á la insurreccion. Ya, desde Aranjuez, O'Donnell dirigió, el dia 4, una proclama, redactada por don Manuel Somoza, excitando al pueblo á rebelarse contra el *ministerio de los agios*, que así llama al del conde de San Luis. «Aguardo, dice O'Donnell en su proclama, á que el país todo sancione con su alzamiento este acto, producto solo del orgullo nacional ofendido en su honra, en sus intereses y en su dignidad. A las armas, ciudadanos, para que perezca pronto y para siempre una situacion de tantos crímenes civiles y políticos, la situacion de los anticipos y contribuciones extraordinarias.»

La frase, tan empleada despues por el general Espartero, de *cúmplase la voluntad nacional*, está ya en esta proclama de O'Donnell. «No queremos, dice, imponer nuestra sola voluntad: aguardamos á que se pronuncie la vuestra, que es la soberana.»

Como á pesar de manifiesto tan liberal, la insurreccion no tomaba cuerpo y O'Donnell que tenia que continuar su movimiento de retirada, hubo que apelar á manifiesto mas explícito. Don Antonio Cánovas del Castillo, viendo que no pocos de los conservadores, que habian conspirado con O'Donnell para lograr un cambio violento, pero en provecho solo de su partido, desesperaban ya del triunfo de la insurreccion militar aislada, salió de Madrid en la tarde del 4, acompañado de sus amigos don Adelardo Lopez de Ayala y don Angel Fernandez de los Rios, pasó aquella noche en Carabanchel, y al dia siguiente se fué solo en una tartana en busca de O'Donnell. Se dice que le halló en Villarrubia; que conferenció con él hasta que llegaron á Manzanares; y que de esta conferencia nació en gran parte la resolucion del conde de Lucena de firmar el famoso manifiesto. Lo cierto es que Cánovas le redactó y que entre otras cosas decia: «Nosotros queremos la conservacion del trono, pero sin camarilla que le deshonre; queremos la práctica rigurosa de las leyes fundamentales, mejorándolas, sobre todo la electoral y la de imprenta; queremos la rebaja de los impuestos fundada en una estricta economía; queremos que se respeten en los empleos militares y civiles la antigüedad y los merecimientos; queremos arrancar los pueblos á la centralizacion que los devora, dándoles la independencia local necesaria para que conserven y aumenten

sus intereses propios; y como garantía de todo esto, queremos y plantaremos sobre sólidas bases la milicia nacional. Tales son nuestros intentos, que expresamos francamente, sin imponerlos por eso á la nacion. Las juntas de gobierno que deben irse constituyendo en las provincias libres; las Córtes generales que luego se reuman; la misma nacion, en fin, fijará las bases definitivas de la regeneracion liberal á que aspiramos. Nosotros tenemos consagradas á la voluntad nacional nuestras espadas, y no las envainaremos hasta que ella esté cumplida.»

El programa no podia ser mas revolucionario. Si bien afirmaba que queria la conservacion del trono, le ofendia cruelmente y le desacreditaba y le humillaba suponiéndole deshonrado por una camarilla. Quería, además, todo género de libertades y milicia nacional para que las defendiese. Y, por último, no pareciéndole bastante todo esto, O'Donnell, con humilde abnegacion de su voluntad propia, se declaraba y ofrecia como sumiso instrumento de la voluntad general.

Con este manifiesto, que se publicó en Manzanares el 7 de julio, en un boletín extraordinario, salió el señor don Estéban Leon y Medina á insurreccionar la Andalucía y volvió á Madrid don Antonio Cánovas del Castillo.

La insurreccion, como ya hemos dicho, cundió con rapidez. La dimision del gabinete Sartorius hubo de realizarse; y, fuerza es confesarlo, algo tarde, cuando el triunfo en realidad se habia ya logrado, empezó la sublevacion en esta heroica villa.

Al anochecer del dia 17 de julio, al salir de la plaza de los toros, estalló el motin popular.

Aquella noche las casas de los principales individuos del último gabinete, del conde de San Luis, de Domenech y de Estéban Collantes, fueron entradas á saco. Las turbas rompieron y destrozaron muebles, cuadros y otros objetos preciosos. Arrojaron por los balcones muchos de ellos y los quemaron en medio de las calles. La casa del banquero Salamanca y el palacio de la calle de las Rejas, donde habia vivido la Reina Cristina, fueron igualmente blanco de la ira del vulgo. Este desenfreno es por todos estilos censurable; pero, salvo tal vez las personas que guiaron á las turbas que devastaban y quemaban, nadie tenia tanta culpa de ello como los escritores y oradores de la oposicion, que, durante años, habian acusado de inmoralidad á los sujetos contra los cuales la muchedumbre ignorante y menesterosa tal vez creia entonces ejercer actos de motivada venganza, cuando no de justicia.

El coronel don Joaquin de la Gándara, progresista, conspirador y revolucionario en otro tiempo, enojado entonces de que los amotinados saqueasen é incendiasen los muebles, libros y objetos de arte de la Reina Cristina y de su amigo don José de Salamanca, acudió primero solo á casa de este, como tambien acudieron otros amigos, á ver si por la mera persuasion contenian á los devastadores é incendiarios; pero Gándara no lo consiguió. Confiesa en su manifiesto que no pocos hombres del pueblo, de los que por su traje revelaban

mayores necesidades, comenzaron á rodearle y á dar oído á sus razones; pero que todo fué en vano, pues algunos que con ropa decente ocultaban sus crímenes, los distrajerón con amenazas y gritos exagerados, continuando las escenas de devastación. «Yo ví allí, prosigue el señor Gándara, hombres, que conociera si se me presentasen, dirigirse á cómodas y armarios determinados, hacer pedazos cajones y estuches, y extraer su contenido, dejando á los hombres del pueblo que se entretuviesen luego únicamente en arrojarlos por los balcones. Yo me lanzaba contra aquellos criminales: pero los golpes, los puñales y pistolas asestados contra mi pecho, me rechazaban; y, ya rendido, maltratado, despedazado mi traje, en la mayor exasperación y en frenesí completo, salí de aquella casa corriendo apresuradamente al ministerio de la Guerra.» Allí pidió Gándara algunas fuerzas á Córdoba con que reprimir tan feos desmanes. Córdoba le dió dos compañías, y Gándara dispersó con ellas á los saqueadores é incendiarios, si bien llegó tarde para remediar el mal; y, como por confesion propia iba en la *mayor exasperación y en frenesí completo*, no se ha de extrañar que con los disparos de los hombres que mandaba causase algunas víctimas, no diremos que del todo inocentes, pero sí culpadas solo de vagar y de curiosear por las calles en tales ocasiones.

El pequeño triunfo de Gándara no podía cortar las alas á la revolución que levantaba sin grandes obstáculos su vuelo. El nuevo ministerio juzgaba sin duda una temeridad é deternele. El general Córdoba contaba con más de 4,000 hombres bien disciplinados; pero vacilaba en emplear resueltamente la fuerza. La insurrección era ya casi general por toda España. La Reina aparecía como prisionera en su propio alcázar y cercada de enemigos.

En tan apurada situación, se cuenta que el general Córdoba, sin ponerse de acuerdo con sus compañeros, excitó á la Reina para que saliese furtivamente de Madrid y se trasladase á Aranjuez con la guarnición que en Madrid existía, esperando allí la llegada de las tropas de Blaser ó de las de O'Donnell. Asustada la Reina, determinó seguir el consejo, y mandó que se preparasen los carruajes para la partida. Entonces dos hermanas del Rey, y el infante don Fernando, su hermano también, se refugiaron en la embajada de Francia. El infante, que estaba muy endeble y quebrantado de salud y tenía el espíritu turbado y flaco, se agravó con el sobresalto y la congoja de aquellos días, y murió á poco en la embajada.

La Reina Isabel se hallaba resuelta á partir, pero la camarera mayor, apenas lo supo, trató de disuadirla de su intento. Segun dicen, el embajador de Francia aconsejó también á la Reina que no se fuera y aun se supone que pronunció estas palabras: «El Rey que abandona su palacio en momentos de revolución no suele volver á él.» El anciano duque de Castroterreño, se refiere además que, puesto de rodillas ante la Reina, le rogó que se quedase. Así fué desechado aquel proyecto de fuga.

La situación, considerada en Madrid solamente, no era tan desesperada. Lo que sin duda embargaba la acción del gobierno era la sublevación general en las provincias. En Madrid, segun queda expuesto, contaba aun con más de 4,000 hombres de tropa, que permanecían fieles, que ocupaban los puntos más importantes y que en ellos se sostenían.

Ríos Rosas había nombrado gobernador civil al marqués de Perales, que dió grandes muestras de tino y de valor en tan angustiosas circunstancias.

El gobierno, entre tanto, no podía ó no quería sofocar la sublevación, sino calmarla, transigiendo con ella. A este fin mandó llamar al coronel Garrigó, á quien había hecho prisionero en Vicalvaro, á quien un consejo de guerra había condenado á muerte, y á quien la Reina había perdonado. El coronel obtuvo el grado de brigadier, el mando de la caballería existente en Madrid y el encargo de sentar paces entre la guarnición y la parte del pueblo amotinada.

El éxito de este encargo fué tal como debía esperarse. Garrigó trató en balde de que los soldados y el pueblo fraternizaran. Algunos del pueblo quisieron desarmar á los guardias civiles, pero estos no entregaron las armas. De aquí se originó

nueva contienda. La contienda fué entonces más sangrienta y mayor. Los hombres de armas tomar, con que la revolución contaba, habían tenido tiempo de reunirse, de concertarse y de procurarse fusiles. El 18, pues, hubo más de 500 paisanos haciendo fuego. Por testimonio de Gándara y de otros que han escrito menudamente sobre aquel suceso, estos paisanos pelearon con bizarría extraordinaria. Los cañones hicieron contra ellos no pocos disparos de metralla. La lucha duró encarnizada hasta las nueve de la noche.

Al amanecer del 19, las calles estaban llenas de barricadas, que durante el silencio y la oscuridad había levantado el pueblo. El número de combatientes en armas con que este contaba había crecido también hasta llegar á cerca de 3,000. Algunos cañonazos y no pocos tiros de fusil hacían presagiar que en el día 19 iba á ser más rudo el combate. La desconfianza, que mutuamente se inspiraban los beligerantes, lo predisponía todo en este sentido. El gobierno por un lado creía que los paisanos insurrectos querían penetrar en palacio y acabar trágica y horriblemente con la monarquía, y entre los paisanos circulaban voces de que se habían llamado de las provincias muchas tropas para sitiar á Madrid y hasta para rendir la población por hambre.

Por fortuna, un banquero tan rico, como astuto y prudente, don Juan Sevillano, tuvo una idea, que al principio le sugirió sin duda el natural deseo de atender á la seguridad de su persona y bienes, y que redundó al cabo en pro de todos, contribuyendo poderosamente á que se hiciera la paz. Dicho banquero, que pasaba por progresista, reunió en su casa á algunos personajes de su partido, los cuales se erigieron en junta de salvación, armamento y defensa, trocándose más tarde este nombre por el de junta superior de Madrid.

La junta tuvo el buen acuerdo de elegir para presidente al anciano general don Evaristo San Miguel, progresista muy bien querido entre los suyos por la canstancia y fidelidad con que había siempre servido á aquel partido, y hombre dulce y afable y más ambicioso de popularidad que de posición, mando y riqueza. El general San Miguel, aunque muy avanzado en sus ideas liberales, segun lo había demostrado en los actos de toda su vida y hasta en sus escritos como autor de una menos que mediana *Historia de Felipe II*, era sinceramente monárquico y dinástico, se hizo entonces campeón del trono, y le prestó eminentes servicios.

En la junta de salvación, que el general San Miguel presidía, figuraban progresistas muy ardientes, como por ejemplo don Joaquín Aguirre; pero también figuraban capitalistas muy ricos, como Mollinedo y el ya citado Sevillano, quienes, aunque solo fuese por sus intereses, debían de desear la concordia y trataban de evitar los desórdenes; y figuraban además sujetos muy monárquicos por su clase, inclinaciones y relaciones, como los marqueses de Tabuérniga y de la Vega de Armijo.

Tanto esta junta de salvación como su presidente San Miguel, querían salvar el trono, pero elevando al poder á Espartero y al partido progresista, ora por inclinación, ora porque no encontraban ya mejor remedio. Apenas instalada la junta empezó á publicar papeles que calmaban, halagaban y entretenían los ánimos de los sublevados. «Madrileños, decía la junta, se trata de engañarnos de nuevo exigiendo que reconocamos un ministerio Mayans-Rivas. No más tiranos. Queremos una junta provisional nombrada por el pueblo; no un gobierno designado por el favorito. Ciudadanos: fijos en los puestos hasta que se arme la milicia nacional. ¡Viva el pueblo soberano! Lisonjeados así los de las barricadas, la junta les dió orden para que no disparasen un solo tiro, no mediando provocación, y rogó al mismo tiempo á los jefes militares que no hostilizaran á los paisanos.

Hecha de esta suerte la paz armada ó la tregua, acudieron á palacio de parte y en nombre de dicha junta, los señores Mollinedo y Fernandez de los Ríos y pidieron á la Reina que nombrase ministro de la Guerra á San Miguel y que llamase á Espartero. La Reina se había anticipado á satisfacer aquella petición. Por consejo de Ríos Rosas, se había inclinado en un principio á llamar al general O'Donnell; pero la Reina Cristina, ó bien por enojo contra la reciente rebeldía del conde de

Lucena, ó bien porque calculase, con sobrado motivo, que la revolución había ido mucho más allá de donde O'Donnell estaba, y que no era él, al menos por entonces, quien podía contenerla, excitó á su hija á que llamase á Espartero, escribiéndole una carta á Logroño. La Reina Isabel, al escribir la carta, imaginaba que Espartero estaba en aquel retiro, imitando, hasta donde es posible, en nuestra edad de más refinada cultura, el modo de vivir de Cincinnati. Dolorosas debieron de ser su sorpresa y desengaño al saber que Espartero, en vez de permanecer sumiso á su autoridad, se había ido á Zaragoza á ponerse al frente del pronunciamiento y á prestarle el crédito de su nombre.

El duque de Rivas, presidente del efímero ministerio, recibió á los de la junta que pedían el nombramiento de San Miguel para ministro y la venida á Madrid del duque de la Victoria. No comprendemos la razón que ha podido tener algún historiador para tildar de *imprudencia imperdonable* y de *precipitación muy suya* lo de decir el duque de Rivas á los comisionados que la Reina había llamado ya á Espartero, enseñándoles, para confirmar su aserto, la carta misma en que le llamaba. Cuando ya no se podía ni se quería resistir, cuando la Reina estaba resuelta á ceder en todo, ¿á qué fin dilatar que se divulgase la noticia y que se convirtiese en júbilo la amenazadora actitud del pueblo sublevado? En efecto, con aquella noticia de paz todo vino á calmarse y hasta á alegrarse. Es cierto que, después de divulgada la noticia, se levantaron siete ú ocho veces más barricadas que las que hubo durante el período de hostilidad; pero fueron barricadas inocentes y de aparato, recreo y devoción, donde se fijaron banderas, se pusieron colgaduras y flores, y se hicieron muchos á modo de altaritos, en los cuales se colocaron los retratos de Espartero, de San Miguel y de los generales de Vicalvaro, cual santos de nuevo cuño.

Entre tanto, un amigo particular de Espartero, gentil-hombre del Rey, salía de Madrid para llevar á dicho general la carta autógrafa en que la Reina le llamaba.

El ministerio del duque de Rivas nada más tenía ya que hacer sino presentar su dimisión. La presentó pues, la Reina la aceptó, y nombró en seguida ministro universal al general don Evaristo San Miguel, interin Espartero llegaba.

Nombrado así ministro el general San Miguel, y prescindiendo de las muchas juntas que suelen formarse en las poblaciones segun se van pronunciando, se notaban por lo pronto, en el seno de aquella anarquía, tres núcleos principales de donde había de salir el poder ó el gobierno futuro: palacio con San Miguel de ministro; la junta de Zaragoza con Espartero al frente; y el campamento de los generales de Vicalvaro. El más débil de estos tres núcleos ó focos era el de palacio. Dentro del mismo Madrid se disputaba su autoridad. En la calle de Toledo había otra junta, presidida ó dirigida por el torero Pucheta, que contaba con 3,000 hombres armados.

El general San Miguel procuraba sosegar los ánimos, restablecer la paz por completo y hacer que el orden renaciese. En aquellos días lo era todo: ministro universal, enviado de la Reina cerca del pueblo, capitán general y tribuno. A pesar de su vejez, desplegaba una actividad generosa y benéfica. Ya estaba en las juntas, pronunciando discursos; ya en las barricadas, sosegando alborotos; ya en palacio, prodigando consuelos. Muchos desórdenes y crímenes evitó el anciano general, pero no pudo evitarlos todos.

El pueblo armado, sin freno y verdaderamente soberano entonces, quiso mostrarse justiciero y castigar con dureza á sus más odiosos y conocidos tiranos. Erán estos algunos agentes de policía, entre quienes descollaba don Francisco Chico. Grande era la animadversión contra él; y, si hemos de dar crédito á lo que se cuenta, hartó merecida. Se aseguraba que estaba en connivencia con muchos rateros y ladrones; se le acusaba de perseguir sin piedad á los hombres políticos; y se decía que era insolente y áspero con los desvalidos y humildes. A pesar de su mezquino sueldo, había acumulado riquezas, dando ocasión á que la envidia supusiese que no por buenos medios. Era aficionado al fausto y á la ostentación, luciendo en su pecho cruces que nunca debieron darle. Tenía

varias mancebas, que vivían con holgura, pagadas por él, y que vestían espléndidas galas. Y por último, para que todo fuera extraño en este personaje, era muy amante y conocedor de las bellas artes, y había logrado reunir una magnífica galería de cuadros al óleo. El encono contra él movió á la gente de Pucheta á buscarle para darle muerte. Él, sin embargo, se había escondido tan bien en su propia casa, que las irritadas turbas no lograban hallarle; pero una de las mancebas, celosa ú ofendida de su desvío, descubrió el oculto lugar donde estaba, postrado en cama y bastante enfermo. Su enfermedad no le valió. Lleváronle, desde su casa, en un colchón, hasta la plaza de la Cebada, atravesando muchas calles de la villa, porque su casa estaba en el otro extremo; y en la plaza de la Cebada le fusilaron. Algun otro individuo de la policía secreta murió también del mismo modo á manos del pueblo. Tales ejecuciones llenaron de terror al vecindario de Madrid, aunque el general San Miguel acudió á la plaza de la Cebada y consiguió que no siguieran adelante. Publicó además el general un bando diciendo que castigaria con rigor todo delito, y en el que, aludiendo á la muerte de Chico, se leían estas palabras: «el verdadero amante de la libertad no es bajo, ni cobarde, ni asesino; jamás mancha sus manos en sangre, que solo tiene derecho á derramar la espada de la justicia.»

Pucheta, entre tanto, si bien menos justiciero, no se mostraba menos poderoso. Su propósito, á lo que decían, era que triunfase la república. El trono estaba en muy grave peligro. Para reconciliarle con el pueblo, don Francisco Pareja y Alarcón tuvo entonces la idea de escribir un manifiesto á nombre de la Reina. El manifiesto fué leído, y tal vez modificado, por don Rafael María Baralt, venezolano establecido en España desde hacía algunos años, y que era elegante poeta y escritor correcto, ganándose la vida como periodista. Baralt logró que la Reina y San Miguel leyesen y aprobasen aquel escrito, el cual, firmado por la Reina, se imprimió y circuló por todas partes.

El manifiesto decía así: «Españoles: Una serie de deplorables equivocaciones ha podido separarme de vosotros, introduciendo entre el pueblo y el trono absurdas desconfianzas. Han calumniado mi corazón al suponerle sentimientos contrarios al bienestar y á la libertad de los que son mis hijos; pero, así como la verdad ha llegado por fin á los oídos de vuestra Reina, espero que el amor y la confianza renazcan y se afirmen en vuestros corazones.

»Los sacrificios del pueblo español para sostener sus libertades y sus derechos me imponen el deber de no olvidar nunca los principios que he representado, los únicos que puedo representar; los principios de la libertad, sin la cual no hay naciones dignas de ese nombre.

»Una nueva era, fundada en la union del pueblo con el monarca, hará desaparecer hasta la mas leve sombra de los tristes acontecimientos que yo la primera deseo borrar de nuestros anales.

Deploro en lo mas profundo de mi alma las desgracias ocurridas y procuraré hacerlas olvidar con incansable solícitud.

»Me entrego confiadamente y sin reserva á la lealtad nacional. Los sentimientos de los valientes son siempre sublimes.

»Que nada turbe en lo sucesivo la armonía que deseo conservar con mi pueblo. Yo estoy dispuesta á hacer todo género de sacrificios para el bien general del país; y deseo que este torne á manifestar su voluntad por el órgano de sus legítimos representantes, y acepto y ofrezco desde ahora todas las garantías que afiancen sus derechos y los de mi trono.

»El decoro de este es vuestro decoro, españoles: mi dignidad de reina, de mujer y de madre, es la dignidad misma de la nación, que hizo un día mi nombre símbolo de la libertad. No temo, pues, confiarme á vosotros: no temo poner en vuestras manos mi persona y la de mi hija: no temo colocar mi suerte bajo la égida de vuestra lealtad, porque creo firmemente que os hago árbitros de vuestra propia honra y de la salud de la patria.

»El nombramiento del esforzado duque de la Victoria para presidente del Consejo de ministros, y mi completa adhesión á sus ideas, dirigidas á la felicidad comun, serán la piedra